

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz C2025

Cada año, el Viernes Santo, veneramos la Santa Cruz donde nuestro Señor Jesús derramó su sangre por nuestra salvación. Ese día, toda nuestra atención se centra en el sufrimiento de nuestro Señor por lo que soportó por nosotros. Ese día es un día de luto por nuestros pecados y una invitación a la conversión.

La Fiesta de la Exaltación de la Cruz, por el contrario, celebra el triunfo de la cruz. ¿Qué tipo de triunfo es? Es el triunfo del amor sobre el odio, el triunfo del perdón sobre el pecado, el triunfo de la fidelidad sobre la infidelidad, el triunfo de la obediencia sobre la desobediencia. En la cruz está la esperanza de nuestra redención; en ella se encuentra la promesa de nuestra resurrección y el comienzo de una nueva vida con Dios. Reflexionando sobre el misterio de la cruz, san Pablo diría: «Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1 Corintios 1, 23).

¿Cómo llegamos a tal visión de triunfo? Permítanme explicarlo al referirme en la historia de la salvación. En el antiguo Israel, el método más común de pena capital era la lapidación, como se menciona repetidamente en la Biblia. Durante la colonización romana, se introdujo un nuevo método de ejecución: la crucifixión.

Solo aquellos considerados criminales y rechazados por la sociedad eran ejecutados de esta manera. Para ser crucificado, la persona era atada o clavada a una cruz de madera y dejada colgada en el espacio vacío hasta que moría por agotamiento y desangramiento.

En tal contexto, creo que si alguien tuviera la oportunidad de escapar de la cruz, sin duda lo haría. Pero lo admirable y digno de nuestra alabanza es que nuestro Señor aceptó voluntariamente morir en la cruz por la salvación del mundo, cumpliendo el plan de Dios.

Por eso San Pablo dice que, siendo en forma de Dios, se despojó de sí mismo haciéndose semejante a los hombres; se humilló haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. A causa de su obediencia, Dios lo exaltó sobre todas las cosas y puso su nombre por encima de todo nombre, para que todos lo reconozcan públicamente como Señor.

Al aceptar morir la dolorosa muerte de la cruz, nuestro Señor demostró sin ambigüedad cuánto nos ama. Como él mismo dice, no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Juan 15:13). Al aceptar morir en la cruz, nuestro Señor santificó el madero de la cruz con su sangre y lo convirtió en un instrumento de la bendición de Dios para el mundo.

Por eso, la cruz, considerada originalmente como símbolo de horror y objeto de vergüenza, se ha convertido para nosotros en signo de amor y árbol de vida. Significa mucho para nosotros como cristianos y discípulos de Jesús. Como San Pablo dice: «No quiero sentirme orgulloso más que de la cruz de Cristo Jesús, nuestro Señor» (Gálatas 6:13).

La cruz, entonces, nos recuerda el amor sin límites que el Padre tiene por el mundo, hasta el punto de enviar a su Hijo a morir por nosotros. Mediante la muerte de nuestro Señor en la cruz, Dios nos reconcilió con él de una vez por todas a través de su sangreo. Por lo tanto, la cruz es la consagración suprema del amor de Dios por nosotros. Aunque fue un instrumento de humillación, ahora es para nosotros, los cristianos, una fuente de orgullo y esperanza. Al igual que el pueblo de Israel, que fue sanado de la mordedura de las serpientes al contemplar la serpiente de bronce, así también son salvos todos los que creen en Cristo Jesús, elevado sobre el madero de la cruz.

El Señor crucificado nos asegura que «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo tenga vida eterna. El que cree en él no será condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del único Hijo de Dios».

No es Cristo quien nos condena, sino nosotros mismos cuando no vivimos piadosamente. Por eso, cada uno de nuestros actos debe ser examinado con mucha seriedad para comprobar si se ajusta a los mandatos de nuestro Señor y a las exigencias de su Reino. Cada uno de nuestros actos tiene consecuencias para la eternidad. Así, comprendemos que Cristo crucificado es exaltado por la fe en los corazones de todos los que creen, y él también exalta estos mismos corazones con la esperanza de que su nueva vida jamás será destruida.

Al celebrar hoy la fiesta de la Exaltación de la Cruz de nuestro Señor, comprometámonos a dejar que su amor purifique nuestros corazones. Que aprendamos de nuestro Señor a llevar nuestras cruces diarias con valentía, oración, fe, esperanza y paciencia. En esta fiesta del Triunfo del Crucificado, miremos al que traspasamos (Juan 19,37), al buscar el perdón de quienes hemos herido y al creer en la gracia que Dios nos ofrece para purificar nuestros corazones. Que nuestro Señor Jesús nos ayude a amarlo y a amarnos unos a otros como él nos amó al morir en la cruz. Amén.

Números 21: 4b-9; Filipenses 2: 6-11; Juan 3: 13-17



Fecha de la Homilía: el 14 de septiembre, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250914homilia.pdf